

imbricadas en esa nueva dinámica, tales como: i) tareas de dirección, gestión, coordinación y control de las empresas globales o en proceso de globalización; ii) servicios a la producción (financieros, jurídicos, consultoría, publicidad, 'marketing', informática, ingeniería y arquitectura, inmobiliarios, etc.) y actividades asociadas a las TIC; iii) servicios de carácter global a las familias, en el área de la educación, de la salud, del esparcimiento y el turismo, de la cultura, etc.; iv) actividades industriales relacionadas con la dinámica económica globalizada; y v) actividades relacionadas con la distribución y comercialización de productos globales.

Uno de los efectos del crecimiento de algunos de los principales componentes de la nueva economía urbana, es la progresiva tercerización de la misma, donde los servicios avanzados pasan a situarse como el nuevo núcleo dinámico de cada una de ellas y como el principal articulador de la red de flujos. En cualquier caso, más allá de la presencia de estos nuevos componente globalizados, al mismo tiempo, la respectiva economía urbana de estas ciudades continúa incluyendo una multitud de pequeñas y medias actividades productivas tradicionales, especialmente en el área de los servicios cotidianos de baja productividad (Amin y Thrift, 2002), cuya dinamización está fuertemente condicionada por la presencia de las actividades globalizadas, que son en última instancia las que más contribuyen al resurgimiento urbano. Son ellas, finalmente, las que contribuyen en mayor grado para que sea allí donde se registra la mayor concentración relativa de riqueza y de poder de cada ámbito nacional lo cual, a su vez, incide por diversos canales y mecanismos a la dinamización y retroalimentación directa e indirecta del crecimiento metropolitano.

La presencia y desarrollo de los nuevos componentes globalizados de la economía urbana pasan a tener una incidencia medular en el resurgimiento de la dinámica que caracteriza a las ciudades en proceso de globalización y en los cambios que marcan la dirección de la metamorfosis urbana en esta fase. Esto es, como consecuencia de la localización y expansión de actividades y funciones como las señaladas, es en estas ciudades donde primero y más intensamente se perciben las mutaciones que caracterizan a esta fase.

¿Cómo repercuten estos cambios en la organización socio-territorial de cada ciudad? Lo fundamental es que a partir de la nueva base económica y bajo el impacto de una movilidad en continua intensificación, las mutaciones en la organización y el funcionamiento de cada ciudad emergen de la interacción entre el mundo de los flujos y el mundo de los lugares, esto

es lo relacional, resultante de la densificación y el entrecruzamiento de distintos tipos de flujos y lo material, donde cristalizan físicamente los distintos tipos de relaciones. Allí, “la lógica enfrentada del espacio de los flujos y del espacio de los lugares estructura y desestructura simultáneamente las ciudades, que no desaparecen en las redes virtuales, sino que se transforman en la interfaz entre la comunicación electrónica y la interacción física mediante la combinación de redes y lugares” (Castells, 2001:498).

En esta dirección que, Remy (2001) analiza la actual metamorfosis urbana como el resultado de la interacción entre la ciudad invisible (relacional) y la ciudad visible (material):

La ciudad invisible de carácter relacional y la ciudad visible mantienen relaciones regulares y recíprocas. El concepto de ciudad encuentra su pertinencia al interior de esta interferencia. Las relaciones entre ciudad visible e invisible son modificadas por los nuevos modos de movilidad. Por una parte, se debe reconocer que las potencialidades de la ciudad invisible aumentan; por otra parte, la ciudad visible sigue siendo pertinente, aún cuando ella tiene que padecer una metamorfosis (Remy, 2001:149).

De esta interferencia entre lo relacional y lo material emerge un territorio urbano crecientemente fragmentado en el que los términos “centro” y “periferia” pierden pertinencia, organizado en base a “areolas”, que constituyen la base de una estructura esencialmente policéntrica.

La evolución en esta dirección resulta favorecida por una acentuada reconfiguración y ampliación territorial del campo metropolitano de externalidades, que se establece al impulso de la generalizada difusión y adopción de las TIC y de la incontrolable intensificación de la movilidad. Como señala Dematteis (1998:25), “[...] los nuevos campos de externalidad no tienen ya una forma de área compacta, ni un radio tan limitado, sino que se configuran como retículas articuladas en centros y sistemas urbanos pequeños o grandes, en extensiones territoriales macrorregionales”. En esta dirección, además de las economías externas asociadas con la concentración de la población y de las actividades, se impone ahora la existencia de economías o de externalidades de red, que cristalizan geográficamente en la interacción entre diversas partes de una metrópoli en expansión, que en muchos casos se manifiesta en forma de redes de ciudades (Boix, 2004), dando origen a las ciudades-región y/o a las ciudades difusas reticulares.

A medida que nuevas ciudades se van incorporando a la “*world city network*”, los factores que desencadenan y condicionan el desarrollo de estas interacciones entre el mundo de los flujos y el mundo de los lugares marcan su presencia en prácticamente todas ellas, independientemente de la modalidad y de la intensidad con que esta incorporación haya ocurrido. Y, en estos casos, los efectos producidos en términos de transformación de la estructura urbana son claramente identificables, tanto en lo que se refiere a su organización y funcionamiento, como en lo que atañe a su morfología. La configuración urbana emergente de esta dinámica, en la que nuevas modalidades de movilidad se adicionan de manera continua, presenta diferencias estructurales con la ciudad autocentrada y territorialmente delimitada del momento industrial. En la configuración urbana policéntrica expandida, una diversidad de promontorios territoriales conforman nuevas centralidades, en las que cristalizan las conexiones intermodales entre distintos tipos de flujos reticulados, como expresión de una evolución todavía inconclusa de este nuevo fenómeno territorial, para el cual se discute la propiedad del calificativo de urbano. Avances en esta dirección se observan en todo el mundo, aún cuando en muchos casos todavía en forma embrionaria.

Aún cuando en el caso latinoamericano, no es posible hablar de avances generalizados en su adscripción a la sociedad del conocimiento, los pasos dados en esa dirección no son del todo despreciables y los impactos urbanos respectivos tienen importancia. Un ejemplo, tomado de un estudio realizado para el caso de Lima permite ilustrar sobre la dirección y los efectos de cambios de esta naturaleza:

El único centro metropolitano que Lima mantuvo por muchas décadas se ha desdoblado en múltiples centros especializados y redes de actividades informacionales, industriales, comerciales y culturales. Estos centros han generado una alta densidad de actividades y flujos de capital e información, creando una nueva jerarquía espacial metropolitana (Chion, 2002:72).

Este tipo de cambio de la estructura básica urbana está manifestándose en la mayoría de las grandes aglomeraciones latinoamericanas.

En definitiva, se trata de una mutación que solamente resulta explicable a partir de los cambios que han afectado al aparato y a la dinámica productiva, donde el modelo de ciudad correspondiente a esta tercera revolución urbana aparece como el resultado de la transición desde la ciudad compacta, que fue considerada como la expresión culminante de la fase

industrial-desarrollista, hacia una ciudad modulada por el entrecruzamiento de redes múltiples (Veltz, 1997), que ha llegado a ser calificada como post-metrópolis (Soja, 2000) o, aún, como no-ciudad (Choay, 1994). Vale decir, con ello lo que se ha modificado es la naturaleza misma de la ciudad y, es esto, lo que justifica que muchos autores propongan denominaciones diferentes a las que se utilizaban en la fase anterior, en un intento por resaltar atributos específicos de la configuración actual.

Quizás una pregunta, sintetiza las preocupaciones y las dudas aún no zanjadas sobre el destino imprevisible de esa evolución:

¿No ha llegado el momento de admitir, sin sentimentalismos, la desaparición de la ciudad tradicional y de preguntarse sobre lo que la ha sustituido, esto es, sobre la naturaleza de la urbanización y sobre la no-ciudad que parece haberse convertido en el destino de las sociedades occidentales avanzadas? (Choay, 1994:62).

## Movilidad, externalidades en red, metropolización expandida

Tendencias constitutivas	Efectos urbanos genéricos
<ul style="list-style-type: none"><li>• Difusión global de las Ntic y explosiva generalización de la movilidad.</li><li>• Estructuración reticular y ampliación del campo metropolitano de externalidades.</li><li>• Mayor autonomía para negocios inmobiliarios bajo las políticas de liberalización económica y subsidiaridad estatal.</li></ul>	La afirmación de condiciones mucho más favorables para ampliar las alternativas de localización urbana de las familias, así como de las sedes y de los procesos productivos empresariales, ha estimulado y generalizado la tendencia a la metropolización expandida en las grandes aglomeraciones urbanas.

Los cambios directamente relacionados con el nuevo paradigma que tuvieron mayor impacto en la generación y profundización de esta tendencia fueron la generalizada difusión y adopción de las TIC y la concomitante intensificación de la movilidad, cuyos efectos impulsaron la ya mencionada ampliación y reconfiguración reticulada del campo metropolitano de externalidades. Esta evolución, incidió en una transformación crucial en la organización y el funcionamiento de las ciudades, toda vez que provocó una progresiva reducción del peso del factor distancia en las decisiones de localización, tanto de las familias como de las empresas, lo que significó la

posibilidad de optar por localizaciones más alejadas de las que habitualmente podían escoger en la ciudad industrial.

Complementariamente, debe tenerse presente que estos procesos se desarrollaron asociados a una acentuación del proceso de urbanización de la economía y de la población, en el marco de una dinámica regida por un Estado subsidiario, donde el debilitamiento de las regulaciones permitió una mayor libertad en el juego de las fuerzas del mercado en lo que respecta a las inversiones inmobiliarias privadas y a sus decisiones de localización, con lo que se fortalecieron las condiciones para la auto-organización y auto-reproducción metropolitana.

Al mismo tiempo, habría que agregar que: i) continuó creciendo el número de habitantes de gran parte de las principales aglomeraciones urbanas en todo el mundo, lo que naturalmente significó un incremento en la demanda por suelo urbano; ii) al aumentar el ingreso personal medio en estas ciudades, naturalmente tendió a acrecentarse la demanda por espacio residencial (Cavailhés, 2004:167); iii) se produjeron cambios en la composición familiar urbana, con una tendencia a la formación de unidades familiares más pequeñas y el consecuente aumento de la demanda por nuevos tipos de vivienda; y, iv) la reestructuración que afectó a los distintos tipos de empresa, que se materializó en una organización reticular, significó al mismo tiempo dispersión y concentración territorial. Todo ello, implicó un aumento de la demanda por suelo urbano y, por consiguiente, un mayor consumo de tierra urbana per cápita, que se tradujo en un mayor impulso al proceso de expansión metropolitana.

En lo esencial, estos cambios sustentaron una evolución por la que un tipo específico de configuración urbana tendió a desaparecer, para dar paso a otra, marcada por las tendencias que aquí se señalan. ¿Cuál es la configuración básica que tendió a desaparecer? En lo fundamental, lo que se “desdibujó con rapidez” fue una forma urbana que se había impuesto como expresión generalizada de una ciudad “[...] caracterizada por la existencia de un gradiente densimétrico en sentido centro-periferia, tanto en términos de población, como de actividad y empleo, junto a la identificación de unos límites externos bastante netos frente al entorno rural [...]” (Méndez, 2001:145).

¿Y qué es lo que apareció como nuevo? En lo fundamental, una forma urbana, mucho más compleja, más difícil de identificar, caracterizar y delimitar, que hace que la misma definición de “lo urbano” que se había impuesto en el pasado comience ser puesta en cuestión (Webber, 1968;

Choay, 1994). Esta forma urbana, configurada junto con la implantación del nuevo paradigma tecno-económico, implica una “arquitectura organizacional” articulada en torno a sistemas productivos centrales que, desde entonces, se constituyeron en los núcleos de la organización territorial emergente; como precisa Sassen (2003b:6):

Un rasgo clave de esta arquitectura organizacional es que ella contiene tanto las capacidades para una enorme dispersión y movilidad geográfica, así como también pronunciadas concentraciones territoriales de recursos, necesarias para la gestión y servicio de tal dispersión. La gestión y servicio de gran parte del sistema económico global tiene lugar en una red cada vez mayor de ciudades globales, o de ciudades que son más bien poseedoras de funciones globales.

De hecho, en el caso latinoamericano, estos sistemas productivos estructurados en torno a las ciudades principales de cada economía nacional o regional, fueron los lugares donde, con muy pocas excepciones, se produjeron en primer lugar los cambios requeridos por las funciones globales que cada una de ellas pudo y/o debió cumplir.

Al tiempo que en estas ciudades se fueron afirmando las condiciones que impulsaron la ampliación y reticulación del campo de externalidades, comenzaron a establecerse y/o a profundizarse relaciones productivas en el ámbito de un territorio cada vez más amplio, con lo que se sentaron las bases para el progresivo ensamblaje de diversos centros urbanos aledaños a la dinámica económica del respectivo sistema productivo metropolitano (Trullén y Boix, 2003; Boix, 2004; Camagni, 2005). Con ello, un conjunto de ciudades medias y pequeñas aledañas a estos sistemas urbanos centrales, aún sin llegar a una conurbación total, intensificaron su articulación con la dinámica económica dominante en estas macro-regiones metropolitanas y pasaron a integrarse funcionalmente a ellas; y, de esta manera, se fue debilitando su autonomía productiva y se inició una paulatina e irreversible modificación de sus formas de vida cotidiana.

En esta evolución, perdió pertinencia la expresión *mancha de aceite*, utilizada para describir el resultado de la dinámica expansiva de la ciudad compacta autocentrada, puesto que con los cambios que se procesaron en la ciudad estructurada como «entrecruzamiento de redes múltiples», se afirmaron “nuevos patrones de urbanización”, que se manifestaron en “una trama continua de asentamientos alrededor de un gran número de focos nodales especializados en una vasta región multicentrada”, cuyo modelo

ideal podría ser definido “como una ciudad sin centro o como una región urbana organizada alrededor de los fragmentos desparramados de la explosión del centro” (Dematteis & Governa, 2001:29). La imagen resultante de este modelo ideal, es la que da sustento a expresiones como “*ville éclatée*” (May & alli, 1998), “*splintering urbanism*” (Graham & Marvin, 2001), *La Città Difusa*, (Indovina, 1990), “ciudad sin confines” (Nello, 2002), etc., utilizadas en diversos intentos por caracterizar este nuevo tipo de dinámica y morfología urbanas.

¿Cómo se ha observado este tipo de mutación en las grandes ciudades latinoamericanas? Investigaciones para varias de ellas permiten precisar las modalidades que estas tendencias han asumido a medida que los países respectivos se han ido adscribiendo a los circuitos globales. En este sentido, por ejemplo, al observar la evolución de la expansión metropolitana de Ciudad de México, se comprobó que «la mayor parte del crecimiento ya no se da dentro del perímetro urbano, sino que se ha trasladado a un número importante de ciudades medias y pequeñas dentro de una amplia región metropolitana a una distancia considerable del núcleo central de la mega-ciudad» (Aguilar, 1999:148). En el mismo sentido, Araujo (2001:27) caracteriza esta tendencia para Sao Paulo, señalando que:

La estructura industrial del conjunto de las regiones que configuran el entorno de la Región Metropolitana de Sao Paulo presenta un elevado grado de integración técnica y funcional con esta. Puede afirmarse que en esa porción del territorio paulista se encuentra en curso un extenso proceso de metropolización, integrando aglomeraciones urbanas metropolitanas (Sao Paulo, Campinas y Santos) y no metropolitanas (Sao José dos Campos y Sorocaba) en una gran área socioeconómica.

Estas tendencias se pueden comprobar no solamente en las metrópolis de mayor dimensión (Sao Paulo, Ciudad de México, Buenos Aires, Río de Janeiro, Lima, Bogotá, Santiago de Chile, etc.), sino también en algunas de menor dimensión como Ciudad de Panamá, La Paz, Montevideo, San José de Costa Rica y Quito, entre otras.

Si bien en muchas de estas ciudades ya habían comenzado a aparecer expresiones de periurbanización al intensificarse la industrialización sustitutiva, ahora la acentuación de este fenómeno tiene causas diferentes y se despliega bajo otras modalidades. En efecto, ya no es una elevada tasa de crecimiento demográfico metropolitano lo que la origina, puesto que en la mayoría de estas ciudades el aumento de la población se ha ralentizado y ya no se esperan

aumentos de la misma equiparables a los de las décadas de los años 50 y 60, cuando las migraciones rural-urbanas llegaron a su máxima expresión y la tasa de fecundidad era mucho más elevada. Ahora la periurbanización obedece ante todo al hecho de que la ampliación del campo metropolitano de externalidades alteró significativamente el comportamiento locacional de las familias y de las empresas, que son los actores urbanos con mayor poder para influir en los cambios en la dinámica y en la expresión territorial dominantes. Porque, como afirma Levy (2005:68) “la periurbanización es ante todo el resultado de la elección voluntaria de una multitud de actores que deciden instalarse fuera de las aglomeraciones morfológicas”.

En lo que respecta a las estrategias y decisiones locacionales de las familias, importa analizar las principales razones por las que una parte considerable de ellas estableció, o se vio compelida a establecer su residencia en el periurbano. Al respecto cabría distinguir dos tipos de situaciones extremas: por una parte, la relativa a los sectores de ingresos altos y medios, que en general muestran una fuerte preferencia por la vivienda individual y que, a medida que aumentan su ingreso medio, también aumentan su demanda por suelo urbanizado, dando mayor impulso a la metropolización expandida; por otra parte, la que concierne a los sectores de menores ingresos, los cuales en la mayor parte de los casos fueron empujados hacia la periferia más pobre, muchas veces no urbanizada, donde el precio de la tierra era más bajo, originando las áreas de tugurios, resultantes tanto de los programas de vivienda social allí donde los hay, como de la ocupación ilegal de tierras periféricas (UN-Hábitat, 2003; Davis, 2006).

La persistencia de comportamientos y situaciones de esta naturaleza permiten prever que aún en el caso en que se produjese un decrecimiento (o un crecimiento muy bajo) de la población, la expansión territorial metropolitana podría continuar manifestándose, especialmente, si sigue aumentando el ingreso medio de las familias, como ha ocurrido en las últimas décadas en la mayoría de los países latinoamericanos, con el consecuente incremento de la demanda por espacio residencial. En todo caso, la pérdida de población de las áreas centrales más antiguas y consolidadas en beneficio de las áreas del borde metropolitano ha sido confirmada por los dos últimos censos de población en la mayor parte de las grandes ciudades latinoamericanas; en ello, además, de los factores ya considerados, también jugó un papel importante el precio de la tierra que, en general, tiende a disminuir a medida que aumenta la distancia de las áreas centrales, especialmente en determinadas direcciones.

En el crecimiento periurbano también incidió la aparición de nuevas formas de barrios externos, destinados principalmente a sectores de ingresos medios y medios altos, lo que incluye desde barrios cerrados amurallados y clubes de campo, hasta las "ciudades valladas" (Hidalgo, 2004), verdaderas ciudades satélites privadas (Alphaville en Sao Paulo, «ciudad-pueblo» Nordelta en Buenos Aires, Piedra Roja en Santiago, entre otras).

Los trabajos de Caldeira (2000) para Sao Paulo y Svampa (2001) para Buenos Aires, entre otros, aportan importantes elementos de juicio para analizar el significado y el impacto que este tipo de configuración ha tenido en la estructura, el funcionamiento y la imagen de las grandes ciudades latinoamericanas. Si bien ya existían barrios cerrados en la fase anterior (en Bogotá y Ciudad de México, por ejemplo) ahora han alcanzado una magnitud entonces desconocida, bajo el estímulo del automóvil y las TIC y como respuesta a la agudización de fenómenos como la delincuencia, la conflictividad y violencia urbanas y la contaminación y la congestión.

En cuanto a las empresas, muchas funciones y actividades que en la ciudad industrial habían estado compelidas a localizarse en la mayor proximidad posible de las áreas centrales, con la ampliación del campo metropolitano de externalidades se benefician ahora de condiciones que les permiten desplazarse hacia lugares mucho más distantes dentro del ámbito metropolitano sin perjudicar su estructura de costos. Esta transformación ha tenido sus principales fuerzas impulsoras, por una parte, en el despliegue de las empresas organizadas en red que buscan mejorar su accesibilidad a las diferentes partes del mercado metropolitano. Y, por otra parte, en ciertos cambios en las preferencias locacionales de las principales actividades productivas inducidas por los nuevos sistemas y condiciones en transportes y comunicaciones y por el costo de la tierra. Esta tendencia a desplazarse desde la ciudad central hacia el periurbano afectó tanto a los establecimientos productivos industriales en busca de terrenos más grandes y baratos, como a las sedes corporativas y oficinas centrales de las grandes empresas.

Siguiendo la trayectoria de estos desplazamientos, la construcción de edificios y/o conjuntos de edificios corporativos incidió en la transformación y verticalización de algunas áreas intermedias y/o periurbanas y en el establecimiento de nuevas centralidades en la respectiva estructura urbana. Cuando en etapas más avanzadas las necesidades de las actividades globalizadas lo justificaron, en algunas ciudades aparecieron complejos inmobiliario-empresariales de gran dimensión ("megaproyectos urbanos"), intentando replicar modelos ya consolidados en los países desarrollados;

en algunos casos, estos mega-proyectos también contribuyeron a la formación de nuevas centralidades periurbanas. Tal es el caso, por ejemplo, del Centro Corporativo Santa Fe en Ciudad de México, del Centro Berrini en Sao Paulo o de la Ciudad Empresarial en Santiago de Chile, que han logrado contar con una importante presencia de funciones *back-office* del terciario avanzado y, en particular, de los servicios a la producción.

En la misma dirección, diversos servicios personales, tales como los relativos a salud, educación, administración pública y privada, comercio, etc., han tendido a seguir los desplazamientos de las familias, especialmente de las de ingresos medios y altos; esto, además, ha originado y multiplicado algunos emprendimientos privados de gran impacto en la configuración urbana —como es el caso de algunas grandes superficies comerciales (en especial, las de tipo “*shopping-mall*”)— que también han hecho su contribución a la policentralización metropolitana. Al mismo tiempo, siguiendo una evolución similar a la observada en las grandes ciudades norteamericanas, una creciente dispersión de distintos tipos de comercios y de otros servicios también influyó en la formación de una estructura urbana más expandida y des-centrada, funcional a la creciente difusión y utilización del automóvil. En esta situación, aún cuando algunos centros históricos de estas metrópolis todavía conservan una elevada concentración de funciones terciarias, el paulatino fortalecimiento de la dotación de servicios en nuevas centralidades, ha redundado en que para diversas dimensiones de la vida cotidiana el centro tradicional haya perdido gravitación y su utilización sea decreciente.

Algunos ejemplos muestran la dirección y la magnitud de este fenómeno, que ha adquirido su expresión culminante en las dos mayores aglomeraciones metropolitanas de la región, Ciudad de México y Sao Paulo. En la primera de ellas, en un proceso que ha afectado principalmente a las tres delegaciones centrales de la ciudad (Miguel Hidalgo, Benito Juárez y Cuauhtemoc) se observa un desplazamiento inicial, todavía en el período industrial-desarrollista, desde el centro histórico en dirección al Paseo de la Reforma y a Polanco, para luego desviarse hacia el sur de la ciudad, siguiendo la dirección de la Avenida Insurgentes y posteriormente dispersarse en torno al Periférico Sur y culminar en la vasta operación inmobiliaria del Centro Corporativo Santa Fe (Terrazas, 2003). Por su parte, en Sao Paulo, se destaca el sucesivo desplazamiento del área principal de negocios desde el centro histórico, primero en el período del apogeo del modelo industrial-desarrollista hacia la Avenida Paulista y luego, en la década de

los 90, hacia el cuadrante sudoeste, sobre la Av. Luiz Carlos Berrini y la Marginal Pinheiros, ya considerablemente más alejado del centro histórico, alrededor de un complejo edilicio de gran dimensión (Frúgoli Jr., 2000; Iglecias, 2001; Silva y Castillo, 2007).

La misma tendencia también se manifestó tempranamente en Lima, con el progresivo desplazamiento terciario desde el centro histórico, hacia San Isidro y Miraflores (Ludeña, 2002), a lo que habría que agregar como un caso especial, la formación del sub-centro de Gamarra, singular ejemplo de cluster productivo especializado en un área relativamente cercana al centro antiguo (Chion, 2001). Igualmente, en Santiago de Chile donde, al desplazamiento inicial en dirección a la Comuna de Providencia, siguió una mayor dispersión hacia El Golf y alrededores, para culminar con la creación de un centro terciario en la Ciudad Empresarial en Huechuraba (De Mattos, 2002). Con respecto a esta tendencia, Buenos Aires aparece como una excepción, pues como afirma Pérez (2005:37) entre mediados de los años 80 y 90 esta ciudad “continuó su proceso de crecimiento metropolitano con concentración en el centro”, aún cuando esta concentración solamente concierne al terciario superior y, en especial, al sector financiero, dado que en otros rubros esta ciudad muestra una alta policentralidad.

Estos ejemplos permiten documentar la dirección de la transformación morfológica que ha afectado a las ciudades latinoamericanas, que parece ser similar a la observada en la mayor parte de las grandes aglomeraciones bajo los efectos de la globalización y la informacionalización. En cualquier caso, es importante destacar que gran parte de las intervenciones que han tenido mayor impacto estructurante en la morfología urbana y en la configuración de nuevas centralidades en las últimas décadas, corresponden esencialmente a inversiones privadas realizadas en forma inconexa y fragmentaria, atendiendo principalmente a la rentabilidad de las inversiones respectivas y soslayando la cuestión de cuales podrían ser las intervenciones más adecuadas desde el punto de vista de la organización y el funcionamiento de cada ciudad.

En su conjunto, la transformación morfológica de las principales ciudades latinoamericanas, parece evolucionar desde un modelo de ciudad cuyo referente era básicamente la ciudad compacta de corte europeo, hacia una ciudad difusa que muestra una mayor afinidad con el patrón que caracteriza a las grandes aglomeraciones norteamericanas. Esto estaría validando la hipótesis de que al establecerse y consolidarse en estas ciudades ciertas

condiciones generales (liberalización económica, subsidiaridad estatal, automovilización, intensificación de las comunicaciones, etc.) que ya habían favorecido el *urban sprawl* en Estados Unidos, también aquí estarían incidiendo en el desencadenamiento de tendencias análogas y que, por lo tanto, terminarían por conducir a una morfología urbana que presentaría significativas semejanzas con aquellas.

## Mercados de trabajo desregulados, desigualdad, tugurización, fragmentación

Tendencias constitutivas	Efectos urbanos genéricos
<ul style="list-style-type: none"><li>• Liberalización y desregulación de los mercados de trabajo en pos de mejores condiciones para la valorización del capital.</li><li>• Crecimiento de un sector servicios, en el que coexisten empleos de muy altas y muy bajas remuneraciones, con aumento de la precarización y la informalización laboral.</li></ul>	La mayor segmentación, precarización e informalización de los mercados de trabajo ha contribuido a la consolidación de una ciudad desigual, donde la homogeneización de las áreas de residencia de grupos cada vez más ricos, convive con una mayor fragmentación y tugurización y con la irrupción de nuevas formas de pobreza y de exclusión social.

En lo fundamental dos dinámicas, cuyos orígenes y desarrollo se relacionan estructuralmente con esta fase de modernización capitalista, inciden en el desencadenamiento y en la profundización de esta tendencia: en primer lugar, la que desde mediados de la década de los años setenta se derivó de la aplicación de las políticas de liberalización económica, desregulación y flexibilización, que tenían como uno de sus propósitos centrales impulsar una reestructuración de los mercados de trabajo que permitiese atenuar, o suprimir, los mecanismos de regulación social que habían formado parte de los arreglos institucionales de la posguerra; en segundo lugar, la que resulta de la evolución desde una economía que se había estructurado básicamente en torno a la industria hacia otra que lo ha hecho principalmente en torno a un diversificado y heterogéneo sector servicios, proceso éste que presenta su expresión culminante en las grandes aglomeraciones urbanas.

En lo que concierne a las políticas que sustentan la primera dinámica, debe tenerse en cuenta que su motivación radica en uno de los argumentos medulares del diagnóstico neoliberal, que alega que la falta de flexibilidad

del régimen laboral keynesiano constituía un obstáculo para que las empresas pudiesen enfrentar las condiciones de competitividad impuestas con la globalización; con este alegato como fundamento, se empezó preconizar una reforma orientada a “aumentar la rentabilidad del capital haciendo disminuir el peso ejercido por los salarios y por las cargas sociales, y reducir el impacto de las reglamentaciones generales garantizadas por la ley sobre la estructuración del trabajo” (Castel, 2003:56). Con este fundamento se procedió, en el tiempo y con la profundidad que permitieron las condiciones socio-políticas de cada país, a dismantelar los mecanismos pre-existentes para la regulación social de los mercados de trabajo.

En este plano, el nuevo discurso también postuló la supresión o atenuación de buena parte de aquellas funciones del Estado de Bienestar que habían sido implantadas con el propósito de amortiguar los efectos negativos de la dinámica capitalista sobre los sectores más desfavorecidos de la sociedad. En sus investigaciones sobre las raíces de la degradación del gueto negro en las ciudades norteamericanas, Wacquant destacó las implicancias negativas de esta opción, con una argumentación que trasciende ese específico ámbito geográfico:

La retirada del Estado de Bienestar durante las décadas del setenta y del ochenta es otra causa fundamental del presente deterioro de las oportunidades de vida de los residentes del gueto». A lo que agrega que «el colapso de las instituciones públicas –resultante de la política estatal de abandono y de la contención punitiva de la minoría pobre– emerge como la raíz más potente y distintiva de la arraigada marginalidad en la metrópolis norteamericana (Wacquant, 2001:83 y 112-113).

En cuanto a la segunda dinámica, ella se deriva del hecho de que la transformación ocasionada por la reestructuración estuvo asociada a una intensa terciarización de la estructura productiva, especialmente en las grandes ciudades. Desde su trabajo pionero de 1991, Sassen ha argumentado que, en esta situación, los mercados de trabajo de las ciudades globalizadas iniciaron una evolución hacia una mayor segmentación y polarización, como resultado de la imposición de una organización económica caracterizada por un aumento de la demanda de personal altamente calificado con elevadas remuneraciones, que permiten sofisticados niveles y pautas de consumo, como consecuencia de la expansión de nuevas actividades líderes, en coexistencia con un conjunto de servicios con bajas remuneraciones y empleo a menudo precario. A su vez, Mingione (1998:6) refuerza y

complementa esta argumentación al destacar que “la heterogeneidad y la polarización de los regímenes de empleo contemporáneos derivan principalmente de las características del sector terciario, el cual está sometido a procesos muy diferentes a aquellos que caracterizan a la industria manufacturera”. Si bien estos cambios se perciben con intensidad y efectos terminales diferentes en las economías de mayor y de menor desarrollo relativo, su presencia se ha podido comprobar en general en los países estructuralmente involucrados en la dinámica de la globalización.

En particular, estudios recientes han permitido comprobar que cambios de esta naturaleza ya son detectables en la mayoría de los países latinoamericanos, donde las tendencias dominantes durante la década de los años noventa indican que: i) la evolución del empleo ha sido desfavorable en comparación con las décadas anteriores a 1980, siendo el principal quiebre la debilidad en la generación de empleo manufacturero; ii) el empleo nuevo se concentró casi exclusivamente en el sector terciario, en gran parte en actividades de baja productividad; iii) la creación de puestos de trabajo ha sido insuficiente en relación al rápido crecimiento de la población económicamente activa; iv) al desarrollarse los procesos de privatización y de terciarización ha tendido a aumentar la informalización y la precarización; y, v) el desempleo afecta más a las mujeres y a los jóvenes, pues mientras la tasa de desempleo de las mujeres es aproximadamente un 30% más alta que el promedio, la de los jóvenes habitualmente duplica el nivel nacional (Weller, 1998; Klein & Tokman, 2000). Con ello, la evolución de los mercados de trabajo de estos países estaría llevando a una situación caracterizada fundamentalmente por el “fin del trabajo asalariado estable y bien remunerado” (Nun, 2001:274).

Bajo el efecto de estas tendencias, no se ha alterado significativamente el cuadro relativo a la distribución del ingreso en la mayor parte de los países latinoamericanos, por lo que esta región continúa siendo considerada como una de las más desiguales del mundo. En este sentido se puede mencionar que la información disponible al respecto indica que en el período 1990-2000 la relación entre el 10% de la población más rica y el 40% más pobre empeoró en la mayoría de las economías latinoamericanas más globalizadas (Cepal, 2004). Con muy pocas excepciones, este cuadro de desigualdades se ha traducido en la aparición de nuevas formas de exclusión social.

¿Cómo ha afectado esta evolución a las grandes ciudades? Más allá de la discusión acerca de si el impacto socio-territorial de la reestructuración de

los mercados de trabajo está llevando a una mayor polarización social (Friedmann & Wolff, 1982; Sassen, 1991) y, por lo tanto, a la formación de ciudades duales (Mollenkopf & Castells, 1991; Borja & Castells, 1997) o a la continuidad y/o agudización de las desigualdades intraurbanas en coexistencia con el fortalecimiento de nuevos sectores medios (Preteceille, 1995; Hamnett, 2003), diversos indicadores permiten comprobar que la persistencia de las desigualdades constituye un rasgo inseparable del escenario urbano resultante de esta evolución. En este sentido, se ha comprobado una tendencia nítida hacia la acentuación del contraste entre áreas en las que impera una enorme riqueza y los arrabales pobres, en procesos de incontenible expansión, donde se imponen nuevas modalidades de pobreza y exclusión social.

Los estudios realizados durante los últimos años para las principales ciudades latinoamericanas por lo general coinciden en torno a los rasgos que caracterizan al cuadro emergente de una evolución marcada por estas tendencias. Por una parte, se observa un crecimiento de la homogeneidad social de los barrios ricos, producto de la preferencia de los estratos de altos ingresos por establecer sus residencias tan lejos como sea posible de las "clases peligrosas". En la medida que en la mayor parte de estas ciudades ha aumentado la inseguridad y la violencia, el miedo se ha transformado en un factor de fuerte incidencia en los comportamientos locacionales, especialmente de estos sectores; de esta manera, "la homogeneidad social de los barrios ricos permite tomar conciencia de la ambivalencia de la segregación: ella no es nunca solamente separación, sino también siempre agregación y búsqueda de sus similares" (Pinçon & Pinçon-Charlot, 2004:92). Esta "búsqueda de sus similares" ha llevado a fortalecer la tendencia a la auto-guetización, que se materializa en una verdadera explosión de los condominios y barrios cerrados. La proliferación de este tipo de configuración residencial, que aparece como expresión de una conducta influida por el temor, que se expresa en una demanda urbana cada día más sofisticada en sus requerimientos de seguridad y vigilancia, ha ofrecido otro atractivo campo de acción para los negocios inmobiliarios que, a estos efectos ha multiplicado incesantemente la oferta de una enorme variedad de islas urbanas.

Justamente una diversidad de configuraciones de esta naturaleza, las "*gated communities*", los barrios cerrados, se presentan como una expresión destacable de la reestructuración socio-territorial de las grandes áreas urbanas de nuestro tiempo; con ello se ha contribuido a afirmar un tipo dife-

rente de crecimiento urbano, marcado por la generación de fragmentos aislados de ciudad, que se dispersan por diversas partes del territorio metropolitano (Borsdorf, 2003), que dibujan un paisaje urbano diferente al de la ciudad industrial. Con ello, la fragmentación urbana se afirma como uno de los rasgos específicos de esta fase de la metamorfosis urbana, como expresión de una discontinuidad o del tejido urbano. Aparece así, como una peculiaridad distintiva de esta nueva configuración, la ausencia de articulaciones entre los pedazos en los que estalla el aglomerado urbano y la disimilitud extrema de los paisajes, tanto al nivel del tejido como al del hábitat, así como también una gran heterogeneidad de los niveles de equipamiento (de infraestructura y colectivos) y de servicios urbanos (Navez-Bouchanine, 2002).

A ello habría que agregar ciertas singularidades de las áreas ocupadas por los sectores medios, donde la periurbanización y la gentrificación aparecen como dos modalidades residenciales que influyen en la nueva morfología urbana: por un lado, sectores importantes de los nuevos grupos medios adinerados promueven la recuperación y reconversión de ciertas áreas de las zonas centrales antiguas. Y, por otra parte, sectores medios también numéricamente relevantes, con fuerte preferencia por la vivienda individual y, al mismo tiempo, por condiciones de vida diferentes a las que pueden tener en las partes más inseguras, congestionadas y contaminadas de la ciudad, se desplazan hacia un periurbano semi-rural que, por esta misma razón, tiende a crecer de manera incontrolable. Estas dos tendencias, gentrificación y periurbanización, marcan dos de las velocidades con las que Donzelot (2004), caracteriza la transformación de la ciudad actual.

Por otra parte, a estos mundos de la riqueza se contraponen la ciudad de los tugurios (UN-Hábitat, 2003; Davis, 2006), que se ha constituido en un componente omnipresente de la actual metamorfosis urbana; como tal, documenta la tercera velocidad, la de la relegación, en la caracterización propuesta por Donzelot. Al respecto, algunas cifras consignadas en el último informe de UN-Hábitat (2003:vi), son por demás elocuentes:

El número total de habitantes en tugurios en el mundo alcanzaron a alrededor de 924 millones en el 2001. Esto representa cerca del 32% del total de la población urbana mundial. En ese momento, el 43% del conjunto de la población urbana de todas las regiones en desarrollo vivían en tugurios, mientras el 78.2% de la población urbana en los países menos desarrollados habitaban en tugurios.

Lo que lleva a una conclusión alarmante: “en lugar de ser un foco de crecimiento y prosperidad, las ciudades se han transformado en una tierra inundada por un excedente de población trabajando en servicios industriales y comerciales no calificados, desprotegidos y de bajos salarios” (UN-Hábitat, 2003:40).

A partir de la situación de las *banlieues* de las grandes metrópolis francesas, Castel bosqueja un paisaje urbano que también resulta pertinente para los arrabales de la pobreza y la exclusión de las grandes urbes latinoamericanas:

Los “barrios sensibles” acumulan los principales factores causantes de la inseguridad: fuertes tasas de desempleo, de empleos precarios y de actividades marginales, hábitat degradado, urbanismo sin alma, promiscuidad entre grupos de origen étnico diferente, presencia permanente de jóvenes inactivos que parecen exhibir su inutilidad social, visibilidad de prácticas delictivas ligadas al tráfico de drogas y a los reducidos, frecuencia de las “incivildades”, de momentos de agitación y de tensión y de conflictos con las “fuerzas del orden”, etc. La inseguridad social y la inseguridad civil se superponen aquí y se alimentan recíprocamente (Castel, 2003:69).

En sus rasgos más prominentes, este paisaje se repite por doquier en la gran ciudad latinoamericana, como lo muestran diversas investigaciones referidas a los impactos de la reestructuración de los mercados de trabajo en la transformación socio-territorial metropolitana en la mayor parte de las grandes ciudades latinoamericanas como es el caso, entre muchos otros, de los realizados por Pochmann (2001) y Taschner y Bogus (2001) para Sao Paulo, Ribeiro (2003) para Rio de Janeiro, Katzman y Retamoso (2005) para Montevideo, Cariola y Lacabana (2005) para Caracas. Todos ellos contienen amplia evidencia acerca de cómo los factores que explican las tendencias socio-territoriales señaladas, están directamente relacionados con los cambios observados en la evolución de los mercados de trabajo bajo los requerimientos impuestos por la nueva estrategia macroeconómica.

Todos estos antecedentes, aportan cruciales elementos de juicio para mostrar que la viabilidad efectiva de muchas de las propuestas orientadas a modificar la dirección dominante y los principales efectos de esta tendencia –y, en especial, sus consecuencias en términos de desigualdad, fragmentación, segregación, exclusión social, tugurización, etc.– exige, como condición necesaria e ineludible, la alteración de las coordenadas básicas del paradigma tecno-económico dominante.

## Financierización, subsidiaridad estatal, apogeo de los negocios inmobiliarios

Tendencias constitutivas	Efectos urbanos genéricos
<ul style="list-style-type: none"><li>• Financierización de la economía mundial e intensificación de la libre movilidad del capital en pos de lugares para su mejor valorización.</li><li>• Aplicación de principios de subsidiaridad estatal en nuevas concepciones de gestión pública.</li><li>• Predominio de estrategias urbanas orientadas a aumentar la atraktividad vis-à-vis los capitales móviles y los visitantes globales.</li></ul>	<p>El continuo crecimiento de los negocios inmobiliarios en grandes ciudades en crecimiento, está imponiendo una lógica estrictamente capitalista al desarrollo urbano y aumentando en forma significativa la importancia de la inversión privada en la actual metamorfosis urbana.</p>

Cuando menos tres cambios, que también pueden considerarse como constitutivos del nuevo paradigma tecno-económico, permiten explicar por qué y cómo se desencadenó y consolidó esta tercera tendencia, cuyo avance ha incidido en el fortalecimiento de las principales dinámicas que impulsan la actual metamorfosis urbana: en primer lugar, el desencadenamiento, desde mediados de la década de los años setenta, de una incontenible financierización de la economía mundial, uno de cuyos efectos fue provocar un sostenido crecimiento de la oferta de capital inmobiliario; en segundo lugar, el abandono de una concepción de gestión urbana que consideraba necesaria y factible una fuerte intervención pública directa en la regulación del desarrollo de las ciudades y su reemplazo por un enfoque regido por el principio de subsidiaridad estatal, que favoreció la creación de un escenario mucho más propicio para la realización de diversos negocios inmobiliarios en las grandes ciudades; y, en tercer término, la generalización de las estrategias de competitividad urbana y de *city marketing*, impulsadas por las autoridades de cada vez más ciudades con el expreso propósito de atraer inversión externa, lo que también contribuyó a aumentar la importancia de la inversión inmobiliaria privada en dichas ciudades.

El primer cambio, que tuvo una incidencia fundamental en la intensificación de esta tendencia, fue el proceso de globalización financiera producida al amparo de las políticas de liberalización, desregulación, privatización y apertura externa, proceso este que estuvo marcado por una

creciente autonomización del capital y por un aumento de su movilidad a través de unas fronteras nacionales que se fueron haciendo cada día más permeables (Chesnais, 1994; Strange, 1998). En este escenario, pronto se observó un significativo aumento de los flujos de capital hacia el sector inmobiliario, en la medida que la recuperación del crecimiento de las grandes aglomeraciones urbanas fue percibida por los inversores privados como un medio privilegiado para la valorización de sus capitales. Con el mismo fundamento, en muchos casos, este tipo de inversiones se constituyó en un medio idóneo para el reciclaje de capitales del crimen organizado y, en particular, del narcotráfico que en las últimas décadas han adquirido una magnitud no despreciable (Strange, 1998; Naim, 2005).

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que el cambio en el enfoque de la gestión pública en todos sus niveles y, en particular, en el relativo a la gestión urbana, abrió espacio para un aumento de la autonomía y del peso de la participación privada en la transformación de las ciudades. De hecho, durante las últimas décadas del siglo pasado, ya se había generalizado el convencimiento de que tanto las propuestas sobre planificación normativa centralizada, como las relativas específicamente a planificación urbana, sustentadas por el mismo fundamento teórico, resultaban inoperantes para conducir y/o regular procesos de cambio tanto a nivel nacional como urbano. Complementariamente, al mismo tiempo que se comprobó la inoperancia y el fracaso de la planificación racional-comprensiva centralizada, se fortaleció la creencia de que:

Los procedimientos practicados por los poderes públicos no son sino uno de los componentes de procesos en los que se combinan según modalidades muy diversas, lógicas públicas y lógicas privadas, evoluciones “espontáneas” e intervenciones planificadas, racionalidad técnica y elecciones políticas, *expertises* científicas y compromisos militantes, programación y concertación, etc. (Grafmeyer, 2005:111).

Por esa vía, en lo que específicamente concierne a los procesos de desarrollo urbano, se llegó a la conclusión de que “(...) la coherencia del proceso no se deriva de una imposición de una doctrina urbanística bajo la coacción de la autoridad”, puesto que “la autoridad política no es la única base de una racionalidad espacial, detrás de la cual no se encontraría más que el caos”; y, por lo tanto, que “la intervención política y urbanística tiene mucho más peso si se inserta en un proceso que toma fuerza independientemente de ella” (Remy, 2001:148). A medida que estas ideas fueron

ganando influencia, se produjo el abandono prácticamente total de las propuestas del urbanismo racionalista, en especial del promovido por Le Corbusier y la Carta de Atenas, que se había ubicado como la corriente más influyente de la posguerra.

En especial, con el inicio de la aplicación generalizada de los principios de subsidiaridad estatal y, por ende, del repliegue de la intervención gubernamental, se abrieron paso las concepciones sobre gobernanza y planificación estratégica, que implican una revalorización del papel del mercado como mecanismo de regulación, así como de la participación concertada de los principales actores sociales involucrados. Esto, que supuso un cambio radical con respecto a las ideas y a las prácticas que habían dominado durante buena parte del siglo pasado se manifestó, como destaca Harvey (1989), en la sustitución de un enfoque gerencial de gestión urbana por uno de corte empresarialista.

En concordancia con los fundamentos teóricos de este enfoque, que privilegian el libre juego de las fuerzas del mercado *vis-à-vis* la intervención pública, su puesta en práctica en la mayor parte de los casos buscó remover, debilitar o neutralizar las regulaciones establecidas en la época en que el urbanismo racionalista había intentando controlar y/o regular el despliegue de “la multitud de procesos privados de apropiación de espacio” (Topalov, 1979:20) que constituyen la esencia de la dinámica de la urbanización capitalista. Al proceder de esta forma, se ampliaron los grados de libertad para que los capitales móviles pudiesen desplegarse con mayor autonomía, con lo cual pasaron a jugar un papel todavía más importante que el que habían tenido hasta entonces en los cambios de la organización y el funcionamiento de la ciudad, así como también en los que afectan a su morfología e imagen; en otras palabras, de esta manera se fortaleció el poder de las “*urban growth machines*” (Molotch, 1996), en las que jugaban un papel central los propietarios y administradores del capital.

En consecuencia, uno de los principales efectos de este tipo de gestión fue que permitió que aflorasen con mayor fuerza ciertas tendencias congénitas al desarrollo urbano capitalista, que si bien habían estado presentes en la fase anterior, entonces habían sido objeto de intentos de una mayor regulación, aún cuando con muy escasa efectividad práctica. En definitiva, con este nuevo marco regulatorio, un volumen creciente de capitales móviles encontraron condiciones especialmente atractivas para su mejor valorización en una cantidad cada vez mayor de áreas metropolitanas en expansión, con lo que los negocios inmobiliarios adquirieron una renovada centralidad en la transformación de las mismas.

Finalmente, el tercer cambio que favoreció el despliegue de la tendencia analizada, fue el importante estímulo adicional que recibió la preferencia de los capitales móviles por las grandes ciudades en virtud de que numerosas administraciones urbanas comenzaron a competir por atraer inversión externa, en el entendido de que esto era una condición necesaria para el crecimiento y la generación de empleo en las ciudades respectivas. Si bien es cierto que de alguna manera las ciudades siempre han estado en competencia, lo realmente nuevo es que ahora la competitividad interurbana se constituyó en un punto central explícito de la gestión urbana, siendo esto justamente lo que les confirió el carácter empresarialista de que habla Harvey.

La generalización de estas estrategias estableció un poderoso estímulo para que los capitales móviles, que buscaban condiciones propicias para su mejor valorización en los más diversos lugares del espacio mundial de acumulación, se orientaran hacia una cantidad creciente de ciudades que explícita y deliberadamente buscaban atraer inversiones externas mediante la aplicación de políticas orientadas a mejorar dichas condiciones. Vale decir, al mismo tiempo que por una parte aumentaba la disponibilidad y oferta de capitales para los negocios inmobiliarios, en contraposición también aumentaba la demanda por esos mismos capitales.

En lo medular, las estrategias de *city marketing*, en boga prácticamente en todo el mundo, tenían como objetivo prioritario la construcción de atractividad urbana *vis-á-vis* las firmas y los visitantes globales, bajo el supuesto de que esto permitiría generar nuevas actividades productivas lo cual, a su vez, incidiría en aumentos del empleo y del ingreso y, consecuentemente, en una mejoría de la calidad de vida de las ciudades respectivas. En todo caso, frente a este supuesto es necesario tener en cuenta que quienes invierten en respuesta a los estímulos ofrecidos por las estrategias de *city marketing* lo hacen motivados por la posibilidad de realizar buenos negocios a partir de las ventajas y estímulos que les ofrecen y no con el objetivo de generar empleos o mejorar la calidad de vida en las ciudades escogidas, aspectos éstos que son ajenos a los emprendimientos inmobiliarios. En este sentido, resulta fundamental tener presente que “el sector privado, con conocimiento de causa, no realiza inversiones no rentables, no importa lo socialmente loables o deseables que puedan ser, y [que] las principales opciones para los gobiernos locales son a menudo tratar de oponerse a los desarrollos privados o trabajar con ellos” (Hamnett, 2003:14).

Pese a ello, abundan los ejemplos que muestran que cada día son más las administraciones urbanas que adoptan políticas de esta naturaleza, muchas veces emprendiendo ostentosos esfuerzos de cosmética urbana para aumentar la atractividad de su ciudad en el ámbito de la red global de ciudades. En estos esfuerzos han jugado un papel central programas como los que se han propuesto la recuperación y reactivación de los centros históricos, así como también los orientados a implantar grandes proyectos urbanos o, simplemente, nuevos artefactos y configuraciones arquitectónicas, de manera de potenciar el respectivo *city marketing*. En lo fundamental, este tipo de emprendimiento, al mismo tiempo que pueden ser presentados como postales de la nueva modernidad urbana, son utilizados como señuelos para la atracción de capitales de alta movilidad. Obviamente, estos monumentos a la nueva modernidad tienen escasa relación con los objetivos de mejoramiento de las condiciones de vida de las respectivas poblaciones urbanas.

¿Cómo se podrían sintetizar las consecuencias más importantes de esta tendencia? Ante todo, puede concluirse que con ella se han fortalecido y/o consolidado condiciones especialmente favorables para la imposición de una lógica estrictamente capitalista en la evolución del desarrollo metropolitano, con lo que las ciudades se han convertido en un campo de operaciones privilegiado para los negocios inmobiliarios, haciendo que la maximización de la plusvalía urbana haya terminado por ubicarse como un criterio urbanístico medular. A su vez, esto ha pavimentado el camino para un mejor despliegue de los procesos de auto-organización urbana.

En esta situación, un conjunto de inversiones de alta rentabilidad, generalmente localizado en las partes más visibles de cada ciudad (las que usan los visitantes globales y los sectores de mayores ingresos), tiende a marcar la dirección central de la transformación urbana, reforzando la estructuración socio-territorial que se caracterizó en el apartado anterior. En consecuencia, es lógico concluir que si se persiste en el ejercicio de un enfoque de gestión urbana basado en los principios de subsidiaridad estatal, se corre el riesgo, como anticipa Harvey (2000:180), de “dejar la suerte de las ciudades casi en su totalidad en manos de los contratistas y especuladores inmobiliarios, de constructores de oficinas y del capital financiero”.

## Artefactos de la globalización, homogeneización del paisaje urbano

Tendencias constitutivas	Efectos urbanos genéricos
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Ascendente influencia de los negocios inmobiliarios en la metamorfosis urbana.</li> <li>• Dispersión generalizada de nodos de ETN hacia ciudades en proceso de globalización.</li> <li>• Influencia de las estrategias de <i>city-marketing</i> en la localización urbana de artefactos e íconos de la globalización.</li> </ul>	<p>Homogeneización y generalización de un paisaje urbano en el que la localización de un conjunto de artefactos arquitectónicos emblemáticos de la nueva modernidad, se contraponen a extensas áreas tugurizadas, marcadas por la pobreza, la exclusión social y la degradación y fealdad ambiental.</p>

La vertiginosa intensificación de comunicaciones, intercambios e interrelaciones, producidos con el avance de la globalización ha fortalecido la tendencia hacia una mayor homogeneidad del paisaje urbano de un número creciente de ciudades articuladas a la red global de ciudades transfronterizas, más allá de la persistencia (e, incluso, de la reafirmación) de ciertos rasgos específicos asociados a la identidad de las esas ciudades. Varios factores han contribuido a una evolución en esta dirección. En primer lugar, el fuerte incremento de unas inversiones inmobiliarias que, cada vez con mayor frecuencia, están relacionadas a capitales internacionales y a modelos estandarizados; en segundo lugar, la creciente importancia en las ciudades en proceso de globalización de la presencia de nodos de empresas globales que buscan localizarse en ciertos tipos de edificios diseñados y construidos conforme a patrones pre-establecidos; y, en tercer lugar, los esfuerzos realizados en el marco de estrategias de *city-marketing* que buscan renovar determinadas partes de las ciudades ajustándose a tendencias globales.

Es así, que a medida que la incidencia conjunta de estos factores impulsan una nueva metamorfosis urbana, también comienza a acentuarse la tendencia a la implantación de diversos artefactos urbanos, que configuran un tipo de paisaje que tiende a reproducirse en forma generalizada; como afirma Picon:

El mismo escenario parece reproducirse de un rincón al otro del planeta, como si se tratase de preparar en todos los lugares el advenimiento de una nueva raza de *cyborgs* capaces de descifrar un entorno urbano transformado en enigmático. [...] Las similitudes que presentan los paisajes urbanos y periurbanos de los Estados Unidos o de Europa del Oeste con los de las grandes megalópolis de África o de Asia tienen algo de desconcertante. [...] En numerosos casos, las similitudes son más sorprendentes que las diferencias (Picon, 1998:26).

Este paisaje, especialmente visible en los centros de negocios tradicionales y en numerosos barrios de residencia de sectores altos y medios, se caracteriza por la reproducción de una arquitectura estandarizada, concebida según patrones constructivos y diseños de difusión y utilización mundial. Si se observan fotografías de esas áreas en ciudades como Sao Paulo, Buenos Aires, México, Sydney, Bangkok, Tokio, etc., se puede comprobar que ellas muestran una curiosa similitud, haciendo difícil muchas veces la identificación de una u otra. A ello habría que agregar, el paisaje conformado en torno a las áreas de mayor consumo, donde las calles comerciales más concurridas reproducen una imagen que presenta múltiples semejanzas en colores, estilos, logotipos, tipografías, etc., más allá de las lógicas diferencias lingüísticas.

Por otra parte, ese paisaje está marcado por la irrupción de una proliferación de artefactos que se despliegan bajo el impulso de la globalización, representativos de esta fase, tales como: i) grandes espacios para el consumo, tanto para el consumo diversificado ("*shopping malls*", súper e hipermercados, grandes tiendas de departamentos, etc.), como especializado (automóvil, computación, gastronomía, etc.), todos ellos con fuerte influencia en los cambios en la estructura urbana de la ciudad difusa y policéntrica; ii) edificios corporativos y complejos empresariales, concebidos conforme a las más modernas tecnologías («edificios inteligentes»), entre los que nuevos modelos de rascacielos han adquirido en los últimos años un impulso generalizado en casi todo el mundo; iii) hoteles de lujo y complejos para ferias y eventos internacionales, en cuya multiplicación la intensificación de la inserción externa tiene una influencia decisiva y cuya presencia constituye uno de los requisitos imprescindibles para posicionar a cada ciudad en la competencia interurbana; iv) nuevas configuraciones para el esparcimiento, como complejos cinematográficos (multiplex), salas de máquinas de juegos electrónicos, parques temáticos tipo disneylandia, etc.